

Metodologías para analizar lo que hemos pensado: historia de las ideas, historia de los intelectuales, estudios culturales, análisis de discursos, estudios eidéticos. Reflexiones y propuestas

Dr. Javier Pinedo
Instituto de Estudios Humanísticos
Universidad de Talca, Chile

Introducción

Intento examinar la manera cómo hemos analizado lo que hemos pensado en América latina, en un ejercicio posterior al propio pensar. Estas formas, historia de las ideas, de los intelectuales, estudios culturales, análisis de discursos, estudios eidéticos, en ocasiones se mencionan como sinónimos, pues constituyen variantes o énfasis en determinados aspectos de una misma matriz común, aunque algunas poseen más tradición, más libros y más autoridad académica.

Historia de las ideas

El camino recorrido por el pensamiento latinoamericano comienza con el ensayo como género literario, que cubre desde ciertas crónicas durante el descubrimiento, las reflexiones durante la colonia y durante todo los siglos XIX y XX. El ensayo se supera y sistematiza con la aparición del pensamiento de Leopoldo Zea, que se constituye en la Historia de las ideas, como

una disciplina que intenta superar a la filosofía académica, considerada como estrecha para analizar la amplitud latinoamericana.

El concepto **Historia de las ideas** tiene múltiples definiciones y fue establecida por el historiador norteamericano Arthur O. Lovejoy (1873-1962) que la usó al iniciar el estudio sistemático del siglo XX, en la Johns Hopkins University, en los primeros 30 años siglo XX.

Arthur O. Lovejoy¹, quien denominaba indistintamente, historia de las ideas o historia intelectual, escribe:

1 Véase, Lovejoy, Arthur O. (1936). *The Great Chain of Being. A Study of the History of Idea*, Harvard University Press. El autor intenta conocer el proceso de constitución y evolución de una serie de ideas “en todas las provincias de la historia en que aparecen de modo relevante, independientemente de que estas provincias se denominen filosofía, ciencia, literatura, arte, religión o política”. Fue el fundador de la revista *Journal of History of Ideas*.



La Historia de las ideas es, en mi concepto, algo menos específico y menos cerrado que la historia de la filosofía. Al hacer la historia de las doctrinas filosóficas, la historia intelectual actúa como una sierra, cortando los sistemas, montados rígidamente y los fragmentos en sus componentes a los que yo llamo ideas núcleos.

Lovejoy encuentra las ideas-núcleos (que corresponden a lo que Tocqueville denominaba "idé-mére") en sistemas ideológicos separados por el tiempo o el espacio, por lo que considera que las ideas viajan constantemente de un pensador o de un sistema, a otro.

Su metodología fue muy bien recepcionada en América latina por la ausencia aquí de sistemas filosóficos, que no evitaban, sin embargo, otras manifestaciones del pensar, y aun ciertas creencia en el poder de las ideas y de su acción en beneficio de la sociedad.

Alejo Carpentier, por ejemplo, al comienzo del *El siglo de las luces*, señala que las ideas no caen en el vacío y José Martí, escribe su conocida frase: Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedras. Probablemente por nuestra atracción por los esquemas ideológicos heredados de la escolástica española, o en la propia ensayística hispanoamericana, en nuestra tendencia mayor a las letras que a los números. Pero, sobre todo, porque la Historia de las ideas, ha sido la manera latinoamericana de enfrentar el pensamiento en un mundo sin filosofía, al modo clásico y

moderno. Como sea, y aunque la Historia de las ideas tenga un origen norteamericano, y aunque la Unesco y la OCDE., no la reconoce como una disciplina académica, en América latina tuvo una gran adhesión y fructífero desarrollo por las limitaciones que presentaba la filosofía académica para enfrentar, como he dicho, la variada realidad del continente, historia de las ideas que intentaba ampliar el espectro de los pensadores incluyendo a los ensayistas e intelectuales de diverso tipo, como periodistas, escritores y pensadores, más abundantes que los filósofos y que crearon y desarrollaron el pensar latinoamericano.

El mayor esfuerzo a nivel continental para consolidar una disciplina académica, que permitiera dar cuenta de lo que nuestros pensadores, fue realizada por Leopoldo Zea y su concepto de Historia de las Ideas en América latina. Zea recibió la colaboración temprana de Ardao, Roig y otros y su esfuerzo fue enorme para organizar seminarios y publicar libros, pensemos en la colección *Historia de las ideas* y en su famoso libro, *América latina en sus ideas*, además de muchos otros. Aprovecho la ocasión para rendir un nuevo homenaje al maestro Zea, al que recordamos con alegría y entusiasmo, fundador, entre otras, de nuestro SOLAR.

Leopoldo Zea desde que se inscribe en la Historia de las Ideas, o al revés, por este mismo hecho, descubre que hay positivistas en México, pero que estos han reformulado el pensamiento de Comte y lo han insertado fuertemente con la propia



circunstancia. Lo que descubre Zea es que aquí también se ha pensado, pero de una manera nueva y diferente.

Para Zea, las ideas encierran la identidad nacional y tomar conciencia de ésta, nos permite ponernos de pie y comportarnos como iguales, porque somos diferentes. Es su gran aporte.

Más tarde, estudiosos de la obra de Lo-vejó, como Crane Brinton², han continuado esta perspectiva interdisciplinaria, señalando que no solo se busca ideas, sino también rastrear “la difusión de la obra de los líderes culturales - sus ideas- en una sociedad determinada, así como la relación entre esas ideas, por un lado, y los “impulsos”, “intereses” y demás factores no intelectuales de la psicología individual y social, por otro”³.

Brinton, por ejemplo, señala que se debe diferenciar entre esta disciplina y la historia de la filosofía, la historia de la literatura, la historia de la ciencia, y otras ramas de la cultura, pues, mientras el historiador de la filosofía se dedica de modo primordial, a explicar a los filósofos, la historia de las ideas se asocia a la observación de lo colectivo y lo social: “...ha de interesarse sobre todo por lo que les sucede a

esas ideas cuando pasan a formar parte del caudal de las personas instruidas e incluso del de las no cultivadas”⁴.

Es esta amplitud metodológica, lo que le permite encontrar antecedentes muy antiguos, y Brinton menciona a Dilthey y Weber, y de este último, señala que su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, puede ser considerada como una obra de la historia de las ideas. Con la misma lógica menciona a Paul Hazard, Collingwood, Toynbee, Croce, Karl Mannheim, Ortega y Gasset, y aún los textos de Henry Pirenne, Marc Bloch y Braudel. Y todavía otros antecedentes en Huizinga, *El otoño de la Edad Media*; *Mímesis* de Eric Auerbach; y *La disputa del nuevo mundo* de Antonello Gerbi.

Como se ve, este primer esfuerzo fundador intenta separar la Historia de las Ideas de la Filosofía, como un método nuevo y más amplio. Además, es igualmente interesante, relacionar los trabajos de Zea con el gran pensador inglés, Isaiah Berlin, ampliamente reconocido por sus aportes especialmente en el plano de las ideas políticas y filosóficas. Berlin analiza los intelectuales que crearon los grandes sistemas de ideas que han modificado nuestra comprensión del mundo, desde la modernidad, e incluso antes, como Karl Marx, del cual escribe una biografía intelectual.

2 Autor de la conocida obra *Las ideas y los hombres. Historia del pensamiento de occidente*, Aguilar, Madrid, 1966.

3 Crane Brinton (1975). Historia de las ideas. En *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, dirigida por David L. Sils., Madrid, Aguilar, pp. 436-440.

4 Op. Cit., p. 436.



Los libros de Berlín, como los de Zea, agregan muchas veces el subtítulo, Historia de las ideas, como en el caso de *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de Historia de las ideas* (1990). O, *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas* (1979). Por mencionar solo dos. Berlin, como Zea, estableció claramente la diferencia entre Filosofía e Historia de las ideas, que le parecía *un campo de estudio, con una aplicación más directa en la propia vida del que la práctica.*

Zea, por su parte, inició el estudio sistemático de los pensadores latinoamericanos detrás de los cuales se encontraban las visiones fundamentales para comprender la marcha de las ideas del continente. Para él resultaba imprescindible acceder a la raíz ideológica de Bolívar, Sarmiento, Bello y Echeverría, igualmente de Bilbao y los autores del siglo XX, pues allí estaban los conceptos fundamentales para comprender nuestra realidad política y social. Su profundo latinoamericanismo se expone en su convicción de que aquí era posible levantar un pensamiento propio que permitiera construir una nueva sociedad. Un sentido en cierto modo *práctico* de las ideas como instrumento valioso para modificar la realidad y alcanzar su unidad y su independencia definitiva. Para alcanzar ambas era necesario pensar y conocer la historia desde metodologías interdisciplinarias. Era una manera, la mejor, de modificar las circunstancias.

Los intereses de Zea están en la Filosofía, pero los modificó por su interés por los hechos históricos que han marcado América latina (su propia circunstancia). Con rapidez, Leopoldo Zea fundó el Seminario sobre *Historia de las Ideas en América* en la Facultad de Filosofía de la UNAM, en 1947; y se constituye en el iniciador de una manera nueva de pensar que será la base de las formas posteriores que surgirán de él.

Conclusiones similares, que no podemos exponer en detalle, encontramos en José Ferrater Mora⁵, y en los más actuales, Michel Foucault⁶ y Norberto Bobbio, para quien las ideas están asociadas a producciones intelectuales, en el sentido de los autores precedentes:

La historia de las ideas o de las ideologías o de los ideales es entendida aquí como historia de la conciencia que los intelectuales tienen de su tiempo, de las categorías mentales que emplean en cada ocasión para comprenderlo, de los valores que adoptan para aprobarlo o para con-

-
- 5 Ferrater Mora, José. (1984). *Diccionario de filosofía*, Madrid: Alianza. La primera edición fue publicada en La Habana, en 1941 y la segunda en Santiago de Chile, en 1944. Ferrater Mora posee una visión muy diferente a la propugnada más tarde por los autores latinoamericanos, motivada tal vez por la temprana fecha de publicación de su obra, en una época marcada por la mirada norteamericana.
- 6 Foucault, Michel. (1970). *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.



denarlo, de los programas que formulan para transformarlo⁷.

Historia de los intelectuales. Historia intelectual

Después de la etapa fundacional de Leopoldo Zea, se abre la discusión, iniciada por las propias propuestas del pensador, y aparecerán diversas metodologías, muchas de ellas surgidas en el extranjero pero con fuerte raigambre entre los estudiosos latinoamericanos, a partir de los decenios de 1960 y 1970, cada vez más multidisciplinarias y más abiertas, como la Historia de los intelectuales, la Historia intelectual, los Estudios culturales, el Análisis de los discursos, los Estudios eidéticos. Muchos usan indistintamente estos conceptos como sinónimos, para referirse al ámbito del pensamiento puesto en un contexto histórico.

Uno de los mayores aportes ha sido la Historia de los intelectuales al considerar su mayor importancia en la producción de textos y fomentado por un grupo de académicos argentinos liderados por Carlos Altamirano, actualmente ligado a la Universidad de Quilmes, en conjunto con Jorge Myers, Oscar Terán, Elías Palti, quienes han desarrollado una amplia labor para determinar taxonomías de intelectuales y su respectiva conceptualización. Sus trabajos tienen una orientación tanto local, Argentina,

⁷ Bobbio, Norberto. (1989). *Perfil ideológico del Siglo XX en Italia*. México:FCE.

como continental, América latina, con propuestas diversas, pero que se igualan en que se trata de intelectuales que estudian a otros intelectuales.

La Historia de los intelectuales, tampoco fue inventada en América latina, aunque mantiene una larga tradición al buscar explicar el comportamiento, rol, y función de las figuras intelectuales, particularmente en países subalternos.

Se considera al intelectual como el sujeto diferente al hombre de acción, que actúa para conquistar o conseguir alimento. El intelectual, desde muy antiguo, se asocia con el chamán, el sacerdote, el maestro, el pensador. Lo que hace es más bien orientar a la sociedad hacia dónde ir. Por supuesto, no es el único que piensa, pero sí es el que tiene acceso a divulgar su pensamiento públicamente y el poder político le reconoce este poder de las ideas.

Weber los define con el nombre que se les daba en la antigua China: *PuoChe, bibliotecas vivientes*, y por esta razón tenían derecho, los únicos, a mirar de frente al emperador, quien les reconocía la superioridad del pensar. Con el advenimiento de la modernidad, los intelectuales crecieron en prestigio y capacidad de difusión de sus ideas.

Brevemente, se debe hacer referencia al método y conceptualizaciones utilizadas por Carlos Altamirano y Jorge Myers en



su reciente libro⁸. Ambos, así como sus colaboradores de cada artículo, se centran en grandes figuras de intelectuales, desde la colonia hasta el presente, divididos por países, espacios culturales y épocas históricas, de los que desprenden ciertas denominaciones (gentes de saber, élites ilustradas, letrado patriota, juristas, clima intelectual) e incluye otros ámbitos cercanos, como la literatura, el derecho, la prensa donde los intelectuales se movieron con facilidad.

Se intenta modificar la antigua concepción elevada de los intelectuales, hablan de *élites culturales*, por una nueva concepción, más bien denunciativa, al insertarlos

8 Altamirano, Carlos (2008). La ciudad letrada, de la conquista al modernismo. *Historia de los intelectuales en América latina*. Volumen I. (Jorge Myers, editor del volumen). Buenos Aires: Katz. El segundo volumen, publicado en 2010, se titula *Historia de los intelectuales en América latina. Los avatares de la 'ciudad letrada' en el siglo XX*. (Carlos Altamirano, editor del volumen). Buenos Aires: Katz. A estos textos se debe agregar un libro anterior, coordinado por Mabel Moraña (2010). *Rethinking Intellectuals in Latin America*. Madrid: Iberoamericana. Ver también de Aimer Granados, Universidad Autónoma Metropolitana, *Historia intelectual de América Latina, 1890-1930, Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual, siglos XIX y XX*, compilación junto con Carlos Marichal, México, El Colegio de México, 2004. *Crear la Nación. Los nombres de los países de América Latina*, compilación junto con José Carlos Chiaramonte y Carlos Marichal, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008. Así como múltiples artículos que nos muestran el interés por el pensamiento y los intelectuales en el continente

en las circunstancias sociales y políticas, en la tradición de Ángel Rama y *La ciudad Letrada* (1984), en el sentido de que las ideas y aquellos que las practican, recurren a su capital intelectual, como otros lo hicieron con el capital económico.

Es una concepción opuesta a la de Ortega y Gasset (y a la de Gaos y Zea), quien definía a los intelectuales como *los mejores* cuya ausencia, en el caso de España, había contribuido a su decadencia, y reclamar así por la necesidad de pensadores consideradores como superiores, en sentido ético, en el manejo del idioma y del compromiso social y cultural, al modo de Unamuno o Romain Rolland: un intelectual clarividente, que guía a la sociedad hacia el desarrollo cultural, económico y moral, para dar alcance a las naciones más desarrolladas. Para Ortega, los mejores países lo eran debido a sus intelectuales. Esta distinción me parece fundamental para comprender la posición de Altamirano, heredada de Ángel Rama. El pensador uruguayo instaló *la sospecha* y la visión de una sociedad injusta en cuya construcción, el intelectual ligado al poder, también es responsable. No se trata de *subir*, pensando mejor, sino de mirar hacia el interior social.

La de Ángel Rama es una perspectiva diferente a la Zea, a la de Roig y Ardao, para quienes las ideas en América latina son liberadoras, pues al conocerlas se puede acceder a la identidad del continente y luego a su emancipación.



Para Altamirano, se trata de un continente compuesto por dos grupos sociales radicalmente separados: por un lado, élites de criollos y blancos con acceso al poder y al dominio de la historia, la lengua y las ideas. Y, por otro, indígenas, mestizos y africanos, en los que habitan los mudos, eidéticamente hablando.

En este contexto, según Altamirano, las élites culturales en América han actuado como *bisagras*, que ponen en contacto las metrópolis culturales con las tradiciones locales, tanto en el dominio de las ideas como en la política. Por esta razón, para Altamirano, la literatura y el pensamiento siempre ha estado al servicio de los debates políticos, al hacerse cargo de la historia, y de los conflictos culturales, en los diversos procesos de modernización.

Además, se asocia al intelectual con un trabajo que se realiza en la *ciudad* (ateneos, editoriales y en la enseñanza), y en este sentido se cuelga del concepto de *Grafoesfera*, inventado por Régis Debray, la esfera de la escritura, pues la acción de los intelectuales se asocia con la imprenta, los libros, la prensa que los caracteriza por producir *enunciados sobre el mundo*, que se socializan a través de la publicación impresa a la que ellos tienen acceso.

El gran cambio, como he dicho, propuesto por Rama y Altamirano⁹, es que

9 Dice Rama: “Una pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, es-

la antigua “concepción del hombre de letras como apóstol secular, educador del pueblo o de la nación, fue seguramente el más poderoso de estos modelos que se encarnaban en ejemplos dignos de admirar o de imitar...”¹⁰, se mantuvo, hasta mediados del siglo XX.

En este caso, habla de inteligencia americana, para recurrir al concepto usado por Rodó, Reyes y Arturo Ardao, aludiendo al debate entre arielistas (Rodó y *Los mandarines*) y no arielistas (Alejandro Korn, José Ingenieros, José Vasconcelos): “Los arielistas tuvieron lo que en Rodó habría sido deseable: poder. Nuestros gobiernos indoamericanos están plenos de mandarines arielistas que constituyen una clase cerrada de monopolizadores del saber”, planteaba Luis Alberto Sánchez, en 1933; y, de modo similar, la tesis de Altamirano: “Desde la fundación del régimen colonial hasta la mayor parte del siglo XIX, las élites letradas formaron parte del sistema de poder”¹¹.

critores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estaban estrechamente asociados a las funciones del poder y componían lo que Georg Friederici ha visto como un país modelo de funcionariado y de burocracia”. Se refiere a Georg Friederici, *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América: introducción a la historia de la colonización de América por los pueblos del Viejo Mundo*. México: FCE., 1973.

10. Altamirano, Carlos (2008). *Historia de los intelectuales en América latina. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Buenos Aires: Katz Ed., p. 17.

11. *Ibíd.*, p. 18



Detrás del monopolio de la escritura, en una sociedad analfabeta, que no cambiará con la independencia, se mantuvo "...la tenaz tendencia aristocrática de los letrados"¹², generalizando la imagen arialista de los pensadores, tal como lo había establecido previamente Juan F. Marsal, aunque Rama acepta cierta autonomía de los intelectuales (Karl Mannheim) y no son "simples mandatarias de otros poderes", porque se perdería de vista "su peculiar función de productores, en tanto conciencias que elaboran mensajes, y, sobre todo, su especificidad como diseñadores de modelos culturales, destinados a la conformación de ideologías públicas"¹³.

La palabra *intelectual* fue inaugurada en 1898, en relación con el caso Dreyfus, y según Altamirano tuvo repercusión muy rápida en América latina, específicamente en Rodó. Apenas dos años después, en una carta al venezolano César Zumeta, Rodó indicaba: "Es, como se verá, una especie de manifiesto dirigido a la juventud de nuestra América (...) Me gustaría que esta obra mía fuera el punto de partida de una campaña de propaganda entre los intelectuales de América"¹⁴.

En relación con el tema que nos convoca, las diferencias que señala Altamirano entre Historia de las ideas e intelectuales, es que la primera es más restringida que la segunda, considerada como un ámbito de estudio más amplio, escribe:

12 Op. Cit. 153

13. Ibídem, p. 30

14. Ibídem, p. 21

Sin embargo, una historia de los intelectuales no puede reducirse a (ni confundirse con) una historia de las ideas. Aunque se alimente de ellas, del discurso que la imaginación social de las élites ha puesto en forma, así como de las representaciones que éstas han forjado sobre sí mismas, tales elementos no pueden constituir la única materia, menos aun la única fuente de referencias de esa historia. No solo los textos, sino el ejercicio mismo de pensar y escribir textos en tal o cual momento histórico resultan mejor comprendidos si no hacemos abstracción de sus condiciones de existencia. Pero los textos, conviene añadir, no se prestan sino raras veces al conocimiento inmediato, requieren por lo general del esfuerzo de la interpretación. En otras palabras: la historia de los intelectuales no exime de sus tareas a la historia intelectual, que trabaja sobre los "hechos del discurso" bajo la idea de que aquellos dan acceso a un desciframiento de la historia que no se obtiene por otros medios. Ese trabajo específico tiene instrumentos propios¹⁵.

Al aplicar esta concepción a la historia del pensamiento latinoamericano, abre nuevas miradas sobre el mundo, prosigue Altamirano:

Una historia de los intelectuales debería activar la exploración de diversas canteras y alimentarse del aporte de varias disciplinas, más o

15. Ídem



menos próximas. Entre estas disciplinas vecinas, las más obvias son la historia de las ideas, la historia de la literatura, la historia política y la sociología de los intelectuales. Pero hay otros campos de conocimiento menos obvios, aunque no por eso menos importante, como la historia de la prensa y la historia de la edición. En otras palabras: una historia que tome en cuenta la diversidad de formas que adoptó la acción de los intelectuales a lo largo de dos siglos solo puede ser fruto de la colaboración de estudiosos de diferentes disciplinas, desde la historia política a la historia de la literatura latinoamericana, pasando por la sociología de la cultura y la historia de las ideas¹⁶.

En el mismo sentido, Jorge Myers define a los intelectuales como “los expertos en el manejo de la palabra escrita (o de las técnicas retóricas para el dominio del discurso oral docto)”, es decir, “los expertos en el manejo de los recursos simbólicos...”, caracterizados como, “gens de lettres, gens de savoir”, “letrados laicos”, “polímatas”, “patriota letrado”, “publicista ilustrado”¹⁷.

Myers establece un orden de los pensadores en América latina: primero el clero, “la fuente *par excellence* de los ejecutantes de las funciones del intelecto en la primera era colonial y aun en la barroca”; luego, incluye a los “funcionarios de la

Corona, los sabios especializados en algunas de las nuevas ciencias, los jesuitas descastados, o los abogados y los juristas...”. En tercer lugar, “El grupo social conformado por los especialistas en derecho (que)... pasó a convertirse en uno de los principales sostenes de la función intelectual durante el siglo XIX (...) figuras como los Egaña, Mariano Moreno, José María Luis Mora...”¹⁸.

En las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX, surgen cuatro nuevos tipos de intelectuales: el científico, el militante de la revolución social, el modernista, y el escritor *popular*. Y, por último, el periodista político convertido en publicista crítico y doctrinario. O sea, la profesión del intelectual va modificándose desde sacerdotes, escritores, periodistas y políticos.

Tanto para Altamirano como para Myers (y Gramsci), el intelectual no es una figura por encima del ciudadano común, pues cualquier pudiera serlo, si tuviera acceso a la prensa y a cierta formación. Una novedad, es que Altamirano también analiza la relación entre la *intelligentsia* y las ciencias sociales, por ejemplo la CEPAL un gran espacio productor de conceptos y proyectos de ideas no considerado tradicionalmente:

El ingreso de las modernas ciencias sociales en América latina introdujo cambios importantes en el espacio de

16. *Ibíd.*, p. 22

17. *Ibíd.*, p. 30

18. *Ibíd.*, p. 35



la *intelligentsia*. No solo porque la aclimatación y el cultivo de disciplinas como la antropología y la sociología implicaron el surgimiento de un nuevo tipo de élite intelectual, sino también porque la formación y el adiestramiento en las nuevas formas de *expertise* requerían sedes académicas y porque los nuevos saberes estuvieron, desde el comienzo, integrados en redes institucionales de carácter internacional: redes académicas, profesionales, de publicaciones, etc.¹⁹.

Se mantiene cierta tendencia más hacia ciencias sociales y menos hacia la filosofía, pero a los *intelectuales de la literatura*, quienes “ligaron la interpretación de textos y procesos literarios del subcontinente con la interpretación de la sociedad y la cultura latinoamericanas”²⁰, en clara referencia a figuras como, Ángel Rama, Antonio Candido, y Antonio Cornejo Polar.

Respecto a la historia intelectual sería una parte de la historia de las ideas, y se dice que recurre a disciplinas como la filosofía, el pensamiento político, científico y religioso, a la cultura y la historia, en la creencia que para explicar el funcionamiento intelectual de una sociedad necesariamente se debe recurrir a una multiplicidad de miradas que evitan las verdades absolutas, siendo la historia intelectual, una entre otras.

19 Ibidem, p. 24

20 Ibidem, p. 26

Recientemente Peter Watson ha publicado su libro *Ideas. Historia intelectual de la humanidad*²¹, en el cual más que preguntarnos qué fuentes o metodologías utiliza, por ser tan enorme su documentación, más bien me preguntaría, cuáles no han sido utilizadas.

Si la historia de las ideas analiza sistemas de ideas, en cambio, la historia intelectual estudia, además, sujetos y personalidades considerando pensadores, científicos e intelectuales, así como las prácticas de análisis y de acción en que se insertan, sin olvidar la historia social y cultural de su época. Más que exponer su metodología, se hace pertinente, leer y estudiar algo de la producción europea y norteamericana, de la denominada *Intellectual History*, un campo de estudios que ha tenido un gran desarrollo en los últimos años, justamente por la variedad de sus propuestas que incluyen a la historia de las ideas, el análisis del discurso, la semiótica, el estudio de los símbolos comunitarios y por supuesto a las grandes figuras de la cultura y la literatura.

El propio Carlos Altamirano comenzó en la historia intelectual (la concibe más como un campo de trabajo que una disciplina) y evolucionó hacia historia de los intelectuales, que le parecía más propia de América latina, como en su análisis del *Facundo* de Sarmiento, el

21 Watson, Peter (2006). *Ideas. Historia intelectual de la humanidad*. Barcelona: Crítica. Pp. 1420.



cual le permite acceder a la realidad política y a las ideas de Echeverría, José Luis Romero, Martínez Estrada y otros pensadores argentinos²².

El análisis del discurso

Otra perspectiva derivada de los análisis, que han subrayado la importancia del estudio del lenguaje como punto de encuentro entre el universo social y el cultural se desarrolló en el análisis del discurso, por el lado francés iniciado por Barthes, mientras que en el ámbito anglosajón se plasmó en la llamada historia de los conceptos. El análisis del discurso apunta a exponer el carácter *construido* de la realidad a través de una construcción discursiva.

El análisis del discurso ha sido desarrollado entre otros por Jorge Myers y la revista *Prismas*, editada por la Universidad Nacional de Quilmes, ya mencionada, y no estudia figuras intelectuales sino grupos sociales constituidos en opiniones públicas, en una época y sociedad específica: el discurso popular, el empresarial, el político, el revolucionario. En este caso, el análisis se hace siguiendo las coordenadas estructurales de pensadores como Roland Barthes, por ejemplo, para determinar su coherencia interna, su ideología y, eventualmente, siguiendo a Jacques Derrida, su deconstrucción, pues es el discurso en

22 Ver Altamirano, Carlos. (2005). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

sí mismo es el que encierra los valores, proyectos y contradicciones ocultas.

El análisis de discursos logró constituirse en una disciplina desde la década de 1960, y se estableció como un avance para ciencias consagradas como la antropología, la lingüística, la filosofía, la poética, la sociología y otras, como los aportes de Theo Van Dijk que postula que en todos los discursos podemos encontrar huellas del contexto, que permiten vislumbrar las características sociales del hablante como su condición sexual, de clase social, su posición ideológica y otras formas de identidad social.

El análisis del discurso nos muestra el paso de la historia de las ideas hacia las nuevas metodologías en las publicaciones de José Palti:

Este trabajo se propone trazar la evolución de la historia intelectual en el último cuarto de siglo, tratando de destacar la dimensión de las transformaciones teórico-metodológicas entonces producidas. Según se muestra, el tránsito de la antigua historia de "ideas" a la llamada "nueva historia intelectual" supuso, de hecho, una reconfiguración fundamental del objeto de estudio", y destaca una situación latinoamericana que la justifica: "...las nuevas formas de aproximarse a la cuestión de las peculiares condiciones de asimilación conceptual impuestas por la condición marginal



de América Latina en el marco de la cultura occidental²³.

Palti concibe el estudio de los discursos, desde una perspectiva más cercana a Roland Barthes y las particularidades de ciertas formas de la lengua localizada en sujetos sociales, también desde propuestas que le permiten un mayor eclecticismo, en la que están presente la hermenéutica de Ricoeur y Gadamer, como los conceptos de Habermas sobre la opinión pública, pero sobre todo el contexto histórico y social latinoamericano. Dice Elías Palti:

Desde que el lenguaje dejó de ser concebido como un medio más o menos transparente para representar una realidad 'objetiva' externa al mismo, el foco de la producción historiográfica en su conjunto se desplazó decisivamente hacia los modos de producción, reproducción y transmisión de sentidos en los distintos periodos históricos y contextos culturales.²⁴

Tanto Elías Palti como Jorge Myers y Carlos Altamirano consideran que han provocado un cambio metodológico fundamental en el avance del estudio y la comprensión de los fenómenos de ideas y culturales de América latina, que les

permite averiguar niveles más profundos de la realidad. En mi opinión, metodológicamente hablando, estos intelectuales son herederos en parte de Walter Benjamin, muy leído aunque tardíamente en América latina, quien impuso nuevas miradas al mundo cotidiano y las lecturas sobre la modernidad y su expresión en los países periféricos, a través de nuevos sujetos sociales no considerados con anterioridad (mujeres trabajadoras, marginales urbanos, indígenas), y nuevos conceptos como marginalidad, postcolonialidad, imperio, sexualidades y tendencia políticas nuevas.

La influencias del psicoanálisis, la magia y los mitos en la vida cotidiana, así como la negritud, el anarquismo, el nacionalismo autóctono, el neoliberalismo y el feminismo, el análisis de la modernidad abrió nuevos espacios al conjunto de disciplinas de la historia intelectual, al determinar las estrategias llevadas a cabo por pensadores y países para alcanzar el desarrollo y la integración mundial. La conciencia del proyecto moderno obligó a definir lo propio y singular de las culturas periféricas y sus torcidas relaciones con aquel proyecto: lo que éramos y lo que queríamos llegar a ser. También, han surgido nuevas regiones antes poco trabajadas (el mundo andino, el Río de la Plata), o mirando de otra manera, *mestizando* la historiografía con sociología, la cultura y pensamiento.

23. Ver Palti, Elías José. "De la historia de "ideas" a la historia de los "lenguajes políticos". Las escuelas recientes de análisis conceptual: el panorama latinoamericano". En *Anales*, 1101-4148, N° 7-8, 2004 - 2005, p. 63-82.

24. Ver, Palti, Elías (s/f). *Historia de discursos revolucionarios en México*.



De igual manera, los cambios entre la cultura impresa u oral, la cultura negra, el mestizaje son perspectivas diversas pero que tienen en común una mirada que intenta la novedad de no recurrir a una sola disciplina (filosofía, literatura, sociología) y además proponen un intento de bajar a lo cotidiano, a lo no heroico, a lo opuesto a la élite, una tendencia que había comenzado con Octavio Paz, quien en *El laberinto de la soledad* (1950), había incorporado a personajes como el pachuco, la Malinche, etc. En su momento fue una novedad. Hoy no. Hoy se habla de *cultural life*, antropología cultural.

Debemos considerar también de la influencia de los *estudios culturales*, que plantearon su interés por otros sujetos sociales y otros niveles culturales. Fueron los estudios culturales los que abrieron la puerta, con la gran proliferación de postgrados en ciencias humanas y sociales, especialmente en los departamentos de español y portugués de las universidades norteamericanas, a nuevos temas y nuevas revisiones de lo ya dicho. Especialmente en el ámbito de la posmodernidad y su relación con el estudio de la identidad, tema que venía desde mucho antes, pero ahora desde contextos que permitían volver a determinar quiénes somos, o quiénes queremos llegar a ser, en un continente multicultural y pluri lingüístico.

Los estudios culturales latinoamericanos no siempre se han centrado en el pensamiento o las ideas, pues en su análisis

se privilegia los modos culturales de vida de seres individuales, cómo se enfrenta la historia o las relaciones de determinados aspectos con el mundo desarrollado y las diferencias latinoamericanas, a partir de la lectura de poemas, novelas y películas; o más aún, los rasgos culturales, como la influencia de la Internet en las culturas juveniles. Todo esto es muy norteamericano y reemplazó, en la docencia, a los antiguos cursos de historia y civilización en América latina de los años de 1950 y, en parte, también a los estudios disciplinarios formales, en cierta declinación. Sobre los estudios culturales se han compuesto muchas páginas y es una de las tendencias de mayor uso en los últimos tiempos, especialmente en los Estados Unidos.

Algunos mal pensados opinan que los estudios culturales es el último intento de las academias norteamericanas por entender para sí mismas a América latina, desde una mirada neocolonizada que nos explique a nosotros en relación con nuestras diferencias respecto a ellos. Los estudios culturales tienen su origen en las reflexiones iniciadas en el decenio de 1950, en la Escuela de Birmingham, con los trabajos de una serie de académicos, entre ellos Raymond Williams, que van dando forma a los *cultural studies*, con los que, de manera voluntariamente ecléctica y deconstructiva, intentan evitar modelos únicos o excluyentes e incluir la crítica literaria, junto a la comunicación social, la semiótica, la antropología, la políticas y el multiculturalismo y subtemas como



la globalización y su efecto en la variedad de las culturas.

Es evidente, además, percibir antecedentes en trabajos de la Escuela de Frankfurt (Adorno, Horkheimer, Benjamin, Marcuse o Habermas) y su interés en el estudio de las industrias culturales y su impacto en la sociedad de masas de inicios del siglo XX. Entre los latinoamericanos se mencionan a Jesús Martín Barbero y Néstor García Canclini y sus trabajos sobre modernidad y posmodernidad en las sociedades periféricas.

Existen todavía algunas metodologías de análisis que por problema de tiempo no quiero detallar y, además, porque han tenido menos presencia entre nosotros o bien porque sus aportes han sido incorporados a nuestros propios trabajos. Me refiero a la *historia de la cultura* o *historia cultural*, desarrollada por Roger Chartier, con el objeto de estudiar los imaginarios junto con el de las prácticas sociales que los producen para captar la mediación simbólica y el modo como los individuos organizan la realidad social.

También está la *sociología de la cultura*, de Pierre Bourdieu, con conceptos de gran uso en las ciencias sociales como el de habitus, gusto, campo y capital cultural, entre otros. Concluyo con lo que mi amigo, Eduardo Devés, identifica como *estudios eidéticos*, con los que intenta una metodología que no solo nos permita la exposición diacrónica de las ideas sino también un trabajo sincrónico que ana-

lice un momento determinado del funcionamiento de las ideas al margen de las circunstancias históricas, al modo cómo funciona la lingüística; es decir, conociendo su funcionamiento interno, su gramática, lo que eventualmente permitiría determinar las buenas de las malas ideas y la proyección de estas hacia el futuro para una construcción de América latina.

El problema de la historia intelectual, como con la historia de las ideas (más larga y de carácter histórico), se dice, es que siendo muy útiles, solo nos permiten comprender lo que sucedió y a lo largo de un cierto tiempo, en una historia ya pasada; no el funcionamiento de estas, ni su proyección.

Conclusiones y propuestas

He expuesto algunas de las metodologías sobre el estudio de las ideas de mayor presencia en América latina. No se trata de refundar una nueva, sino de aprender de las experiencias pasadas. No nos interesa el nombre que adopten los métodos futuros, pues como hemos visto, todos ellos son relativamente cercanos y se diferencian en ciertos énfasis. Para mí, la historia de las ideas sigue siendo una fórmula útil y ya consolidada entre nosotros. Aunque también nos interesa el sujeto productor de textos de ideas y organizar estas en sistemas y matrices que dan origen a nuevos sistemas, cada vez más complejos.



Nos interesa pensar en torno a ciertos temas (conceptos, visiones sociales, representaciones simbólicas) aglutinantes de una época, rastrearlos y explicar estos conceptos, aunque pasen tan rápido que lo que ayer tenía plena vigencia hoy no la tenga; por ejemplo, conceptos como conservador y liberal, nacionalistas o extranjerizantes, modernizadores o identitarios, parecen decir poco, en la actualidad.

Nos interesa, especialmente, la manera cómo se estructura una posible construcción de país o su visión de futuro. Lo más difícil es averiguar cómo circulan las ideas. Recientemente, se habla de transferencia de saberes para saber cómo se desplazan los conocimientos y cómo llegan a otras matrices culturales, según lo planteado por Ottmar Ette: determinar estas ideas (saberes) en permanente movimiento de emigración de una cultura a otra, o cómo surgen y cómo desaparecen.

Podríamos establecer un esquema que, creo, se ajusta a lo que he dicho: analizar, por ejemplo, a José Enrique Rodó, es hacer historia de los intelectuales, lo que significa imaginar a Rodó como figura individual considerando su biografía académica y personal, los conceptos que utiliza, su posición política, sus preferencias literarias y los medios en que expresó sus ideas, su vida fuera de Uruguay, las influencias que recibió y las que entregó, así como el hecho que haya publicado *Ariel*, justamente en 1910, es la historia de un intelectual. En la historia de los intelectuales, el corpus

es más ajustado a un número de personas ordenadas cronológicamente, así como sus libros y las ideas principales que se les reconoce en el canon oficial.

Me parece que una historia de los intelectuales en América latina (como una historia de los poetas o de los novelistas) es más fácil de sistematizar que una historia de las ideas, pues esta supone incluir además, la anterior, pero con un nivel de abstracción más alto, el conjunto de ideas surgido de cada uno de ellos y su constitución en sistemas y matrices ideológicas, así como la relación de esos sistemas con otros más o menos cercanos, supone un esfuerzo mayor.

Hablar, en cambio, de *arielismo*, es hacer historia de las ideas, en el sentido de un proyecto ideológico con ciertas características, como su llamado a la juventud, su relación antagónica con el positivismo, así como su influencia en ciertas conciencias pertenecientes a la élite latinoamericana. Es analizar el lugar que ocupa *Ariel* en las ideas anteriores y posteriores surgidas en América, las redes que estableció el texto, a quienes iba dirigido, cómo fue leído, por quienes fue aplaudido y por quienes no, establecer el grupo de arielistas en cada país, las acciones que acometieron para imponer los contenidos de este libro, su presencia entre los jóvenes universitarios, su contacto con las ideas de Ortega y Gasset y otros autores no americanos.



Por último, se puede analizar el *discurso arielista*, para estudiar su estructura interna, su gramática, podríamos decir, y ver a quienes afectó, cómo y por quienes fue recepcionado, cómo se continuó utilizando el concepto en el futuro y qué figuras lo hicieron suyo. Al analizar el discurso arielista se estudia el estilo del texto, sus estructuras de sentido, su rechazo al materialismo y la búsqueda de valores de carácter elevado, su esteticismo²⁵. Y todavía, en análisis más recientes, se puede estudiar si el intelectual arielista es (o no) una constante latinoamericana marcada por el aristocraticismo espiritualista, el rechazo de lo material real, el desprecio por el compromiso político, la aceptación de los valores occidentales y hasta qué momento duró esta posición.

Evidentemente, en todas las perspectivas, se analiza en concepto de *nordomanía*, creado por Rodó, pero en un contexto

académico diferente. Por supuesto las perspectivas convergen, pero una mirada analiza a Rodó como sujeto social, con un oficio determinado (pensar y escribir), los recursos con los que cuenta, su mirada sobre el mundo, etc., para, finalmente, acceder al mapa del latinoamericanismo intelectual, como escribe Altamirano.

Es decir, el paso desde la filosofía académica al estudio de las ideas circunscritas a la realidad histórica de América latina, iniciado por Leopoldo Zea, permitió, a través del tiempo, el surgimiento de nuevas miradas metodológicas que no han llegado a su fin con la aparición cada día de nuevos sujetos sociales, nuevas lecturas cada vez más verticales. Probablemente en el futuro serán cada vez más novedosas para abarcar una realidad compleja como la nuestra. Es lo único importante de lo que he dicho en esta conferencia: dar cuenta de esta heterogeneidad ideológica y cultural en que vivimos.

25. Myers, Jorge. (1995). *Orden y virtud: El discurso republicano en el régimen rosista*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

